

Alfredo Alcón y William Shakespeare

Por Rubén Szuchmacher

Decir que Shakespeare es uno de los autores más inspirados de la literatura dramática universal no es ninguna novedad. Decir que Alfredo Alcón es el mejor actor argentino, tampoco. Y decir que la conjunción de estos dos portentos es siempre una fiesta para los sentidos ya parecería no sorprender a nadie.

Sin embargo no es así. En cada una de las actuaciones de Alfredo Alcón a partir de textos de Shakespeare se vuelve a renovar la sorpresa y el deleite que se produce al escuchar cómo esas maravillosas palabras, esas increíbles ideas del autor inglés emergen de la boca de ese inmenso actor que tiene la incomparable capacidad de volver comprensible cualquier texto.

Alfredo Alcón pertenece a esa clase de artistas, pocos ya, que todavía confían en las palabras. Y esa confianza se transforma en generosidad para con el público pues él anhela que cada concepto, cada descripción, devenidos poesía, sean entendidos profundamente por aquellos que asisten a las representaciones.

Nunca salen de su boca palabras que no sean enteramente comprendidas, sólidamente imaginadas y delicadamente organizadas como sonidos.

Shakespeare no es un autor fácil, pero Alfredo Alcón permite que la complejidad de esas palabras llegue con claridad, con soltura. La unión entre esos dos grandes es una epifanía, sin duda.

Sus dos Hamlet, el de la televisión y el del teatro, su Ricardo III, su Próspero, sus Rey Lear, aunque distintos por los trabajos de los directores, tuvieron algo en

común: la fuerza del verbo shakespereano en los labios de un actor como instrumento para desalentar cualquier indiferencia.

Será inolvidable, al menos para mí, esa escena de la tormenta en Rey Lear. Unos pocos sonidos de truenos, una luz apenas movediza, una escenografía mínima y en un lateral del escenario un hombre que se planta frente a las fuerzas de la naturaleza para insultarlas por haberle enviado a esas hijas malvadas que lo han hecho tan desgraciado; ese rey, desde un cuerpo desprotegido, ya casi desvencijado, pero firme en sus impulsos. Alfredo Alcón lograba que esa tormenta, esa mítica tormenta del teatro universal, una escena casi imposible de pensar, se encarnara en su cuerpo y estallara de manera brutal en el cuerpo de los espectadores, sin ningún artilugio ni efectos especiales, sólo con la fuerza de las palabras.

Así es Alfredo Alcón siempre, pero mucho más con las palabras de Shakespeare: un arma mortal contra la cosificación y la banalidad.

Día Internacional del Teatro

28-marzo-2012